

RACIONALIDAD ECONÓMICA: ¿Debate sempiterno?

Armando Gil Ospina

*“el hombre económico no es un hombre social:
el individualismo económico excluye la sociedad,
en el sentido propio del término,
porque las relaciones económicas son impersonales”*

F. H. KNIGHT

SÍNTESIS

La modernidad es una época caracterizada, entre otras cosas, por el surgimiento y desarrollo de la ciencia, a partir de una concepción de la racionalidad (o razón) especializada en el carácter cognitivo. Esta nueva visión racional que sustenta al proyecto moderno tanto teórica como metodológica y epistemológicamente, domina y condiciona los múltiples componentes del mundo de la vida.

Ahora bien, en el contexto del sistema capitalista la dimensión económica adquiere tal preponderancia que la racionalidad económica, al parecer, se convierte en la rectora de las decisiones vitales de las personas: cada quien busca racionalmente alcanzar los máximos a partir de los mínimos. Esta búsqueda teleológica de los óptimos deja en un segundo plano la reflexión ética sobre los medios. Rilke (1982) señala al respecto: “En la economía la racionalidad tiene un significado especial, no se relaciona con la sabiduría de la decisión alcanzada, sino sólo con el nivel de eficiencia en los medios, es decir, maximizar el beneficio sobre el coste con la información al alcance”.

Por la importancia del tema, el presente artículo tematiza la racionalidad económica desde un recorrido histórico y por escuelas del pensamiento económico, de tal suerte que permita inferir la trascendencia que puede tener en la sociedad actual.

* Profesor de Economía. Universidad Católica Popular del Risaralda.



INTRODUCCIÓN

Las siguientes notas generales son el resultado de varias circunstancias que se fueron dando en el tiempo y que demandaron algunas horas de lectura sobre el tema, otras de reflexión y confrontación y unas pocas para la elaboración escrita de estas ideas. Tales circunstancias se pueden resumir en tres puntos concretos, a saber: en primer lugar, debido a una permanente inquietud académica derivada de varios años de enseñanza de la teoría microeconómica neoclásica, la cual sustenta gran parte de su instrumental epistemológico y teórico-matemático, en el concepto de racionalidad. Esta zozobra intelectual se justifica, sobre todo, por la evidente polarización que se ha venido gestando durante largas décadas entre la teoría económica y la praxis social, máxime si se acepta que la racionalidad económica es la hipótesis sobre la cual se erigió el ulterior desarrollo de la ciencia económica. En segundo lugar, por los temores que me suscitan los portentosos desarrollos del maquinismo, la automatización y la racionalización del trabajo propios de la modernidad, y que obligan a reflexionar en torno a la clave del “bienestar” y las causas del progreso económico, tal como lo pensaron los llamados “economistas clá-

sicos” en las postrimerías del siglo XVIII. Y, finalmente, por el propósito de identificar la evolución, sentido y vigencia de la racionalidad económica en el marco de un capitalismo que se ha transformado sustancialmente en el último siglo. En este sentido, bien vale la pena interrogarse si actualmente se mantiene la racionalidad económica como la idea dominante y de plena aplicación en la economía de libre mercado.

Este breve escrito contiene algunos tópicos planteados con arreglo a una secuencia cronológica, más que a otro orden. En primera instancia, se tratan sucintamente las visiones que sobre la economía legaron los pensadores más connotados, así como las concepciones defendidas por las distintas escuelas económicas. Posteriormente, la expresión “Racionalidad Económica” es expuesta e interpretada en el marco del enfoque histórico, epistemológico y de las corrientes económicas. Además se analiza, con mirada crítica, la racionalidad económica en los contextos de la economía positiva y normativa. Finalmente, se plantea, *en voz alta*, una serie de interrogantes y problemas vitales que tienen que ver con el tema de la racionalidad económica en el momento presente y, concretamente, con la historia reciente de Colombia.



EL OBJETO DE ESTUDIO Y EL CAMPO DE LA INVESTIGACIÓN DE LA CIENCIA ECONÓMICA

“el objeto de estudio de la economía se construye desde preguntas teóricas (y prácticas) acerca de los fenómenos humanos y sociales, preguntas que deben buscar respuestas a intereses causales para la explicación, el control y la predicción; pero que también pretenden buscar y entender el sentido de éstos y fundamentalmente su transformación: el hombre está in situ en el mundo de la vida, y la ciencia es sólo una parte”
(Armando Gil, 2002)

La ciencia se ocupa de conocer las propiedades y características de cierto tipo de objetos, reales y concretos (objetivables), que pueden interesar al conocimiento humano y/o al bienestar social del hombre. Algunos de estos objetos se ofrecen directamente a la práctica, a la observación y a la experimentación (objetos empíricos); otros objetos son captados indirectamente por deducción, inferencias, representaciones, significaciones, etc. (objetos teóricos). El término “objeto” incluye su especificidad determinada por las propiedades de su naturaleza, las cualidades, las relaciones, las funciones, la operacionalidad, la complejidad que siempre es sistémica, su variabilidad.

Toda ciencia tiene un objeto de estudio con su campo de conocimiento específico o dominio de investigación científica para el conocimien-

to del objeto y de aplicaciones prácticas derivadas². Para el caso de la economía, el proceso de construcción del conocimiento, su sistematización y el uso riguroso del método científico, ocurre en el siglo XVIII. Naturalmente, desde esos primeros momentos hasta nuestros días, la concepción exacta de lo que es el objeto de la economía ha evolucionado ostensiblemente.

Una manera conveniente de abordar esta reflexión es iniciar con el pensamiento de Adam Smith. A él se le reconoce como “el fundador de la economía moderna”. Para Smith el objeto de la economía era el de llevar a cabo investigaciones sobre la naturaleza y los orígenes de la riqueza (y la pobreza!), así como del progreso económico.

En el año de 1776 salió a la luz pública la gran obra de Smith deno-



2 SAN MARTÍN, Hernán y PASTOR, Vicente: Economía de la Salud. Iberoamericana Mc Graw Hill, cap. 4, págs. 226 y 227.

minada “*Investigación sobre la naturaleza y causas de las riquezas de las naciones*”, la cual presenta una primera explicación sobre la riqueza de una nación, denotando que es siempre, directa e indirectamente, el producto del trabajo y depende de la división del trabajo, la proporción más o menos grande del número de trabajadores - con relación a los consumidores ociosos, y el mercado

En su concepto, es en la productividad del trabajo sobre la que se debe obrar para determinar las causas del progreso y la riqueza de las naciones³. La división del trabajo ejerce su influencia sobre el crecimiento por tres vías: a) el crecimiento de la destreza del obrero, b) la racionalización del trabajo y la economía del tiempo, y c) la invención y el desarrollo del maquinismo que permite a un solo obrero desarrollar las tareas de varios.

Las causas mayores del progreso, según Smith, son por lo tanto: la productividad del trabajo, su división, su racionalización y la mecanización. Cada persona de la sociedad se hace más experta, se produce más en toda la economía, y las ciencias y las artes se perfeccionan e incrementan considerablemente.

“La multiplicación grande de producciones, que en todas las artes dimana de la división del trabajo, es lo que en una sociedad bien ordenada produce aquella opulencia universal que se extiende hasta por las clases inferiores del pueblo. Todo trabajador, todo artesano tiene más obra propia de qué disponer que la que necesita para sí mismo, y cualquiera de los otros trabajadores y artesanos, como que se hallan todos en la misma situación, están en actitud de cambiar gran cantidad de sus propios bienes por otra igual de los ajenos, o por el precio, que es lo mismo, de igual cantidad de los otros.. El uno provee a otro de lo que le hace falta y éste a aquél recíprocamente, y de este modo viene a difundirse en todas las clases de la sociedad una plenitud general y admirable”⁴

En la búsqueda de la riqueza de las naciones, Smith encontró las leyes del mercado, la “mano invisible” que guiaba las acciones de las personas. Así mismo encontró las leyes de la evolución de la sociedad que la conducen hacia el progreso. La primera ley es la de acumulación. Smith consideraba que la acumulación de capital traía un amplio beneficio para la sociedad. La segunda ley hace referencia a la población. Los



3 SMITH, Adam. “Riqueza de las Naciones”. Citado por ILLERA D., Luis Eduardo. Progreso Técnico y Bienestar Social: Visión de los Clásicos. Revista de la Universidad de la Salle, Vol. VII – N° 14.

4 Idem.

altos salarios atraerían a un número mayor de obreros; estos, con el aumento de la población, aumentarían y así se producirá, por influencia del mercado, un descenso en el nivel de los salarios, con lo cual la acumulación de capital puede continuar. El alza de salarios producida por la acumulación de capital se ve corregida por el aumento de la población. Los altos salarios desaparecen gracias al aumento de la población que los mismos salarios hicieron crecer.

Además, consideraba que el progreso técnico disminuye gradualmente el precio real de la manufactura y, que con el tiempo, se necesita menos cantidad de trabajo para ejecutar cualquier pieza reparada de su artefacto y, aunque los salarios suban, la gran disminución de la cantidad de trabajo necesaria sería mucho mayor que lo que podría aumentar el costo por el alza de los salarios.

Del análisis de estos apartes de "Riqueza de las Naciones", pueden inferirse tres aspectos puntuales del espíritu protestante del Smith filósofo: su confianza absoluta en el individuo, el papel del trabajo como palanca del progreso económico y la condición del ahorro como expresión de la acumulación de capital y bienestar de la Sociedad.

En síntesis, Smith describe un proceso de evolución económica: todo se encuentra encadenado a un estadio anterior a condición de que no se perturbe el mecanismo del mercado. Así se presenta un mejoramiento permanente de la Sociedad, la cual tendrá siempre oportunidades de crecer ilimitadamente.

Por su parte, otro reconocido teórico de la época fue David Ricardo, quien enfatizó el objeto de la economía en la investigación sobre la distribución de la riqueza. "La cantidad de riquezas producidas no puede someterse a ninguna ley - escribió Ricardo en 1820 -, pero se puede enunciar una ley que se refiera a su repartición satisfactoria. "Estoy cada vez más convencido de que lo primero es vano e ilusorio y de que lo segundo es el verdadero objeto de la ciencia económica"⁵. Sin embargo, el significado de esta visión ricardiana de la distribución puede tener un sentido distinto al que se intuye de "primera vez". En toda su obra "Principios de Economía Política y Tributación", Ricardo considera que existe una competencia permanente entre el trabajo y el capital; además señala que la utilización de las máquinas es compatible con el aumento de los salarios, siendo la introducción de las máquinas la consecuencia del encarecimiento de la mano de obra: "A cada aumento de capital y de la población, el

5 ROSETTI, Joseph. Introducción a la economía: Enfoque Latinoamericano. 1ª edición. Cap.2, pág. 20. Editorial Harla. México, 1979.





precio de los alimentos subirá generalmente, debido a la mayor dificultad de su producción. La consecuencia de este aumento será un alza de salarios, y ésta, a su vez, tenderá a hacer que una mayor parte del capital ahorrado se emplee en la adquisición de maquinaria. Ésta se halla en competencia constante con la mano de obra y muchas veces no puede emplearse hasta que ésta aumenta”⁶

Ricardo consideró que el motor del progreso social era el beneficio: este beneficio se encuentra constantemente amenazado en su funcionamiento por el aumento del costo de la mano de obra, bien sea por el alza de salarios, bien sea por el aumento de la renta de la tierra.

El desarrollo de la idea del beneficio que plantea Ricardo, es de suma importancia para comprender las relaciones estructurales del sistema capitalista, concretamente, en cuanto se refiere a la distribución de la riqueza social entre el capital y el salario. Él concibe que la acumulación de capital está determinada por la cantidad de capital que se invierte en el proceso productivo, y por la asunción del riesgo que asumen los hombres con la intención de acrecentarlo. Este riesgo está motivado por el beneficio, y mientras éste sea

significativo, entonces será mayor la posibilidad que exista acumulación de capital, para lo cual no habrá límite mientras éste rinda algún beneficio.

Una nueva concepción acerca del objeto de la economía se conoció con John Maynard Keynes en la década de 1930. Señaló que el objeto de la economía debía centralizarse en la investigación de las fuerzas que gobiernan el volumen de la producción y del empleo en su conjunto; concretamente, consideraba que el objeto central de la economía debía referirse al análisis de las fluctuaciones de la actividad económica.

También resulta interesante examinar sucintamente la concepción del objeto de estudio de la economía desde el “corpus” doctrinal de las diferentes corrientes o escuelas, en razón a que cada una de ellas plasma su visión y la interpretación de las condiciones del contexto, a partir enfoques y perspectivas particulares.

En primer lugar, la historia moderna de la economía reconoce que con la obra de A. Smith “La Riqueza de las Naciones” se inicia, prácticamente, el estudio de los asuntos económicos de una manera científica. Efectivamente, durante la segunda mitad del siglo XVIII, los fi-



6 RICARDO, David.. “Principios de Economía Política y Tributación”. Citado por ILLERA D., Luis Eduardo. Progreso Técnico y Bienestar Social: Visión de los Clásicos. Revista de la Universidad de la Salle, Vol. VII - N° 14.

lósofos comenzaron a adoptar un enfoque más “científico” de las cuestiones económicas. En su vasta y exhaustiva obra, Smith sentó las bases necesarias para estudiar las fuerzas del mercado de una manera ordenada y sistemática:

A. Escuela Clásica: Cuando se hace referencia a la escuela clásica de la economía, se piensa en los más destacados teóricos: Adam Smith, David Ricardo, Thomas Robert Malthus y John Stuart Mill. Aunque tenían algunas discrepancias, estaban de acuerdo en los conceptos principales. Todos defendían la propiedad privada, los mercados con libre competencia y coincidían con el pensamiento de Mill cuando manifestaba que “sólo a través del principio de la competencia tiene la economía política una pretensión de ser ciencia”. Estos economistas también acordaron la unidad conceptual en torno a su irrestricta confianza por el *poder del egoísmo* cristalizado en la conocida máxima de la “mano invisible” de Smith que conducía al bienestar social a través de la búsqueda individual del interés personal. Con relación al papel del gobierno en las actividades económicas, Ricardo, Malthus y Mill compartieron la desconfianza de Smith, sin em-

bargo éste último llegó a recomendar importantes reformas y regulaciones gubernamentales en el campo de la niñez y de los trabajadores. Podría decirse que Mill significó el pensamiento renovador y mediador entre la economía clásica del “Laissez Faire – Laissez Passer” y el Estado de Bienestar.

Finalmente, bien vale la pena subrayar que el problema central de los debates filosóficos y teóricos al interior de la escuela clásica consistió en la explicación del valor de las mercancías y su precio. Tanto Smith como Ricardo distinguieron entre *valor* y *precio* de las mercancías, asignando el primero al valor de uso, y el segundo al valor de cambio (o precios relativos). Frente a la imposibilidad de resolver la paradoja del agua y los diamantes sugerida por Smith, decidieron dejar el problema del valor de uso a los filósofos, en tanto que los economistas se dedicaron a elucidar el asunto del valor de cambio o precios relativos de las mercancías en el mercado. En este esfuerzo investigativo, se alcanzó a elaborar la teoría del valor-trabajo: el precio relativo de dos mercancías depende de las cantidades directas e indirectas de trabajo utilizadas en cada una.





B. Escuela Marxista: La escuela clásica enfrentó serios embates provenientes de las primeras ideas socialistas de la época, sobre todo a partir de la novedosa teoría económica socialista que condensa C. Marx en su magna obra "El Capital". En la historia económica, Marx está considerado como pensador clásico debido a que parte de los planteamientos teóricos de Smith y Ricardo y de su teoría del valor-trabajo. Desde este nivel de análisis, Marx replanteó esta teoría, indicando que el valor de una mercancía está determinada por la cantidad de trabajo socialmente necesaria invertida en su producción; además consideró, dentro del valor de cambio, la renta de la tierra que había sido desdeñada por Ricardo y formuló la plusvalía como la diferencia de los salarios pagados con relación a los precios de venta de las mercancías en los mercados.

Entre los principios centrales e inconfundibles bajo esta visión de la economía se destacan el rechazo tanto a la propiedad privada - socialmente indeseada - y la obtención de renta de los propietarios de la tierra (a los que consideraba clase parásita), y el reconocimiento de la Teoría de la plusvalía, categoría económica que

se convierte en la célula fundamental del capitalismo.

C. Escuela Neoclásica: Una de las razones que pueden explicar la eclosión de esta nueva corriente económica en la década de 1870 se refiere a la necesidad de comprender la formación del valor y la determinación de los precios de las mercancías de manera diferente a como lo hicieron sus predecesores clásicos Smith y Ricardo.

Los pioneros neoclásicos como W. S. Jevons, L. Walras y K. Menger (de distintas nacionalidades) se encargaron de patentizar una nueva forma de investigar los fenómenos económicos. Propusieron que no es la utilidad total de una mercancía la que ayuda a averiguar su valor de cambio, sino la utilidad de la *última unidad consumida*. Esta visión marginalista del valor de la mercancía significaba una postura psicológica para interpretar las preferencias del consumidor. En este sentido, los marginalistas reconceptualizaron el valor de uso subrogando la idea de utilidad total por la de utilidad marginal o adicional, o sea, la utilidad de una unidad adicional de una mercancía. Al fijarse en el estudio de la utilidad o satisfacción obtenida con la última unidad, o



unidad marginal consumida, los neoclásicos explicaban la formación de los precios, no en función de la cantidad de trabajo necesaria para producir los bienes, como en las teorías de Ricardo y de Marx, sino en función de la intensidad de la preferencia de los consumidores en obtener una unidad adicional de un determinado producto.

Posteriormente, A. Marshall se encargó de desarrollar la teoría de la *utilidad marginal*: de este concepto se deriva la idea de la demanda, y del coste marginal o coste imputable a la unidad adicional se obtiene la idea de oferta. La demanda y la oferta representaban, entonces, las preferencias ordenadas de los consumidores y el deseo de los productores de comprar y vender las mercancías en el marco de la libre competencia y de acuerdo a sus propios intereses – equilibrio competitivo -.

Los representantes de la escuela neoclásica no se interesan precisamente por la causa de la riqueza de las naciones, pero sí justifican su inequitativa distribución por las diferencias individuales de las personas en términos de riesgo, talento, inteligencia, dignidad, esfuerzo e iniciativa. De esta forma, queda legitimada la desigual-

dad social por las diferencias y características individuales.

D. Escuela Keynesiana: Menos preocupado por la teoría del valor y los precios, J. M. Keynes centra el problema fundamental de la economía – después de la crisis de 1930 – en la generación de ingresos por la vía de la demanda. Consideraba que las fuerzas motoras de una economía son los inversores, ya sea del sector privado o del público, aunque, energicamente, se inclinó por la regulación e intervención del gobierno y la inversión en términos de gasto público para solventar la crisis (ciclos económicos) y asegurar el crecimiento económico. La separación con los axiomas neoclásicos del *laissez faire* y la teoría del presupuesto equilibrado se hace evidente con la recomendación de la regulación gubernamental y del gasto público.

Para la segunda mitad del siglo pasado, muchos economistas coincidieron en que el objeto de la economía debía fijarse no sólo en los asuntos de la investigación sobre la creación y distribución de la riqueza, sino además en el tema del desarrollo. Este último aspecto más pensado por los teóricos de las economías no industrializadas.



Hoy en día, las grandes preguntas que se plantean desde las teorías existentes y sobre lo cual se investiga más, versa sobre el desarrollo humano, el desarrollo social, la equidad y la distribución del ingreso. Podría sintetizarse, entonces, que el verdadero objeto de estudio, la pregunta clave, el problema raigal a investigar se centra en las causas del BIENESTAR SOCIAL.

De esta nueva posición filosófica

(y epistemológica) en torno al objeto de la ciencia social de la economía, se deriva una visión teleológicamente humana que incorpora la reflexión del desarrollo desde la *dignidad humana*, enmarcada en la concepción Kantiana. Esta línea de análisis se retomará en el acápite “Racionalidad Económica y Valores” y se contrastará con el concepto que Lionel Robbins presenta sobre la economía.

LA RACIONALIDAD COMO ENFOQUE EPISTEMOLÓGICO E HISTÓRICO

“La razón es y debe ser esclava de las pasiones”

D. Hume

Al considerar el origen y las acepciones del término racionalidad, necesariamente, se debe dar una mirada retrospectiva hasta el concepto filosófico concebido por Descartes. Se citan algunos apartes que aparecen en su biografía relacionada con la concepción epistemológica: “...el proyecto se sustenta en el ideal de la autonomía de la razón, esto es, que la razón, a partir de sí misma, puede establecer lo que es verdadero. La idea es que la mente descubre la verdad, así como uno mira algo a través de la ventana (esto es cierto particularmente en la ciencia física matemática, de la cual se extrae esta imagen), y una vez descubierta una

verdad desde la ventana de la razón, no cabe esperar sino un pleno acuerdo entre todos los seres racionales, en calidad de suscriptores...cada uno puede acercarse y ver”. ¿Esto es algo así como el ideal del acuerdo perfecto?, ¿una posición dogmática que excluye todo debate en aras de un absoluto y obligatorio acuerdo para todos los seres racionales que vean bien su objeto de estudio?

Abordar el análisis de la racionalidad en la ciencia económica implica retroceder históricamente hasta los albores del **capitalismo**, nombre dado por K. Marx al sistema



socioeconómico de espíritu liberal (sistema de libre empresa y economía de mercado) desarrollado y consolidado en el contexto de la **modernidad**. En esta época empezó a ser característico el pensamiento racional, secular, científico, industrial y urbano. Este conjunto de hechos impulsó el cambio paradigmático denominado **Renacimiento**. Precisamente, es el período en que de la filosofía se desglosa la física y paulatinamente se van descubriendo las leyes de la naturaleza. De este modo se empiezan a producir interpretaciones del funcionamiento de la sociedad desde las leyes objetivas de la naturaleza. Esto es lo que se conoce como “visión mecanicista del mundo” sustentada por la proliferación de modelos y fórmulas desde la matematización de la realidad.

Un portentoso fenómeno que se empezó a gestar a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, conocido con el nombre de **Revolución Industrial** transformó los hábitos y costumbres, el pensamiento, el conocimiento y la visión del mundo. Un filósofo alemán apologeta del pensamiento racional, considerado por muchos como el pensador que mayor influjo ejerció en la época, llamado I. Kant, decía refiriéndose al pensamiento racional: “**atrévete a guiarte por la sola razón**”. A la luz de los

posteriores hechos históricos, este aforismo bien podría interpretarse como la fusión del pensamiento racional de Kant con el empirismo de Smith; algo así como la “aplicación técnica de racionalismo filosófico” que deriva en racionalismo científico, racionalismo tecnológico, racionalismo socio-político, racionalismo económico. Tal aforismo llevado a los distintos ámbitos de la vida humana generaría el progreso. A decir de Gastón Bachelar, el racionalismo y el empirismo van indisolublemente unidos – de la misma forma procesal en que se van fundiendo las ideas con los hechos –. Es así como este tipo de racionalismo se convirtió en acicate para la producción en serie de la gran fábrica capitalista y el lucro particular, la defensa a ultranza por las libertades individuales (“La Ilustración” derivada de la Revolución Francesa), la explosión demográfica de las ciudades, la fragmentación axiológica, la secularización sustentada por la heurística de las leyes universales, el instrumental tecnocientífico y la economía de mercado. “... el culto a la razón elaboraría los macrorelatos de la modernidad: la idea de racionalidad teleológica, las ideas de progreso, futuro, desarrollo, la idea de emancipación, de vanguardia, las ideas de pertenencia y participación, de Estado Nacional, la idea de democracia liberal, etc.”⁷

7 FAJARDO F. Carlos. “Hacia una estética de la Cibercultura”. Magazín Dominical. El Espectador, agosto 30 de 1998.



Las siguientes líneas resumen, en alguna medida, las ideas claves de la modernidad y su contexto: a) el hombre es producto de un proceso natural de evolución, b) el proceso de desarrollo evolutivo se desencadena por el mecanismo de la competencia, c) todas las manifestaciones de la vida humana se encuentran movidas por el interés, d) el hombre se mueve bajo el impulso de fuerzas instintivamente subconscientes, e) el conocimiento humano debe aceptar su relatividad, f) su naturaleza es de carácter empírico, en el sentido que todo conocimiento debe basarse en hechos observables. Como se observa, esta descripción revela

una postura eminentemente racionalista-economicista y reduccionista: las razones matemática y económica se imponen sobre otras racionalidades del complejo ser humano, por tanto, se desdennan muchos aspectos valiosos de la vida y la sociedad que constituyen la realidad verdadera, como la amistad, las manifestaciones espirituales, la fortaleza de los lazos familiares, la belleza de la poesía, el disfrute de los juegos infantiles, los consumos colectivos y acciones de solidaridad propios de la vida del hombre en sociedad; actividades vitales que no son objeto de intercambio individual en el mercado.

RACIONALIDAD EN EL ANÁLISIS ECONÓMICO

La racionalidad es como un marco de análisis que contiene las pautas que permiten tomar la decisión óptima de varias alternativas de elección. Sin embargo, el mismo concepto de economía de mercado es susceptible de disensiones a partir de los efectos que produce la libre concurrencia.

Cuando se habla en economía de **racionalidad**, se está pensando básicamente en la expresión “economía de mercado” como aquella situación en que los individuos disponen de la **máxima libertad** para tomar sus decisiones económicas, en consecuencia a las leyes del mercado que descubrieran los economistas clásicos y neoclásicos (“Leyes de la Oferta y la Deman-

da”). Tal como se trasluce de su lógica convencional, la racionalidad es como un marco de análisis que contiene las pautas que permiten tomar la decisión óptima de varias alternativas de elección. Sin embargo, el mismo concepto de economía de mercado es susceptible de disensiones a partir de los efectos que produce la libre concurrencia.



Efectivamente, la naturaleza de la racionalidad supuesta para los agentes económicos produce dificultades al análisis económico. La información empírico-analítico-técnica puede poner en tela de juicio el realismo de las hipótesis; el comportamiento racional de los agentes no es más que una aproximación al comportamiento social del Hombre: los fenómenos del consumo se dan en un ambiente de socialización cada vez mayor, hecho que propicia una definitiva interdependencia de las decisiones individuales. Los antropólogos ven en la racionalidad económica una complejidad mayor que las leyes rigurosas de la economía e incluyen las “estrategias racionales” considerando no sólo los bienes y servicios consumidos sino también otras categorías propias de la naturaleza humana, como el poder, el prestigio social, el reconocimiento, el hedonismo, el snobismo, la rivalidad y la competitividad. Bajo estas consideraciones, los comportamientos de los agentes en el mercado quedan reducidos a una sola expresión en el marco de la racionalidad económica, hecho que sos-

laya los demás aspectos que se tienen en cuenta para las decisiones.

Por ello, a pesar que la expresión “racionalidad económica” se utiliza con frecuencia para describir el comportamiento del consumidor y del productor en el mercado, ella tiene una profundidad e implicancia mucho mayor en economía: ella constituye, en realidad, la hipótesis central de la “teoría económica”. Sin embargo, es discutible la cuestión de que el hombre pueda actuar en forma autónoma en el ámbito económico al margen de sus otras dimensiones sociales que constituyen también su “esencia humana”. Esta creencia psicológica e individualista, independiente del contexto y de los valores e intereses sociales puede marcar límites al análisis económico aplicado al dominio del **capital humano** en las personas. Como bien lo expresa el economista F.H. Knight: “el hombre económico no es un hombre social: el individualismo económico excluye la sociedad, en el sentido propio del término, porque las relaciones económicas son impersonales”.

LA RACIONALIDAD EN LAS ESCUELAS ECONÓMICAS

“...el punto que quiero resaltar es el de la similitud entre la concepción descriptiva de la racionalidad y la concepción neoclásica de la teoría económica. Ambas concepciones definen la racionalidad en términos de la eficiencia, y así tienden a excluir el aspecto evaluativo de la racionalidad”

Pablo R. Arango G.



Ahora conviene develar el sentido y la significancia que ha asumido el término bajo las distintas corrientes económicas. Se tiene, entonces, que la epistemología de la ciencia económica define la racionalidad económica y el funcionamiento del sistema capitalista. Podría decirse que la ciencia surge como un factor que contribuye con el desarrollo económico del capital, y la racionalidad instrumental sirve como un fundamento productivo (productividad) para el crecimiento del capitalismo. Ahora bien, cuando la ciencia económica define su objeto de estudio, por ejemplo, desde la visión de A. Smith (Investigación de la Naturaleza y causa de la Riqueza de las Naciones) se considera que el análisis económico debe centrarse en los procesos de creación y distribución de la riqueza. La tesis central de este enfoque enfatiza las condiciones de *laissez-faire* y de librecambio como **la mejor manera** de asignar los factores productivos en los procesos de producción y distribución de la riqueza. Smith crea la figura o principio de la “mano invisible” para indicar la asignación de los recursos limitados entre los distintos usos alternativos, si y sólo si los agentes se encuentran en un entorno de completa libertad y competencia sin las interferencias gubernamentales que afecten el mejor objetivo social posible. De este modo, los agentes económicos ac-

túan racionalmente, si por ejemplo, los propietarios del capital buscan maximizar su beneficio-interés por su cuota de inversión, los dueños de la tierra logran la mayor tasa de la renta por ceder este factor a la producción, los trabajadores y directivos de la empresa propenden por alcanzar el nivel más alto posible de remuneración salarial por su trabajo, los dueños de la empresa obtienen el mayor volumen de ganancias por asumir el riesgo y los compradores de los bienes y servicios disfrutan del mayor grado de utilidad-satisfacción en su consumo.

Del anterior acápite se deduce que la economía clásica definió, en el marco de análisis teórico, su propio modelo de racionalidad, y este consistió, básicamente, en alcanzar la **eficiencia** de los objetivos o fines propuestos. En este sentido, la concepción neoclásica coincide con el enfoque clásico del análisis económico; o sea, las dos escuelas conciben la racionalidad en términos de la eficiencia; sin embargo los neoclásicos se preocuparon por la asignación de dichos factores productivos entre las distintas opciones bajo el **enfoque marginal**, de tal forma que se alcanzaran los resultados óptimos del beneficio y la utilidad (o satisfacción); vale decir, el problema consistía en conocer las condiciones determinantes para la



asignación de los factores capital y trabajo entre las diferentes alternativas productivas para alcanzar el resultado óptimo [el teorema de Euler⁸ explica este enfoque partiendo de la hipótesis que el producto máximo está determinado por la suma de las productividades marginales de cada factor: $Q^* = L(Q_L) + K(Q_K)$]; en tanto que los clásicos enfatizaron los posibles resultados que producirían los cambios en las cantidades de factores productivos —capital y trabajo— sobre el producto total. La siguiente cita del economista Steven E. Rhoads permite ampliar las diferencias entre estos enfoques: “...Adam Smith luchó con lo que vino a ser llamada la paradoja del ‘valor de uso’ contra el ‘valor de cambio’. El agua es necesaria para la existencia y tiene un enorme valor de uso. Los diamantes son frívolos y claramente no esenciales. Pero el precio de los diamantes —su valor de cambio— es mucho mayor que el del agua. Lo que dejó perplejo a Smith se explica ahora racionalmente...bajo la visión marginalista como sigue: La utilidad o satisfacción total del agua excede a la de los diamantes. Todos preferiríamos estar sin diamantes que sin agua. Pero casi todos nosotros preferiríamos ganar un diamante como premio antes que un cubo de agua

adicional. Cuando hacemos esta elección, nos estamos preguntando no tanto si los diamantes o el agua nos dan más satisfacción en total, sino si más de uno nos da una satisfacción adicional mayor que más del otro. En esta pregunta relativa a la utilidad marginal, nuestra respuesta dependerá de qué cantidad tenemos ya de cada uno de los dos bienes. Aunque las primeras cantidades de agua que consumimos en un período nos son de una enorme utilidad, las últimas unidades no lo son tanto. La utilidad de las unidades adicionales (o marginales) continúa decreciendo a medida que vamos consumiendo más y más...”

Este enfoque marginalista circunscrito al modelo neoclásico de Walras, Menger, Jevons, Pigou, Pareto, Marshall, entre otros, no considera que las acciones de las instituciones sean importantes para el funcionamiento del mercado, más bien le asignan un papel facilitador que agiliza y promueve el libre intercambio entre los agentes; de esta forma, las instituciones empezando por el mercado mismo, son sólo variables exógenas que no afectan las decisiones de los agentes económicos; en tanto que los precios relativos de las mercancías se convierten en el “faro que alumbra la

8 EULER, Leonhard (1707-1783), matemático suizo que escribió varias obras relacionadas con el cálculo, incluido el cálculo de las variables. Citado por NICHOLSON, Walter. Teoría Microeconómica: Principios básicos y aplicaciones. Editorial Mc Graw Hill, sexta edición.





incertidumbre” de las decisiones, ellos orientan y guían a los agentes en sus decisiones económicas.

Estas consideraciones conceptuales son una de las causas que le han valido las más duras críticas a los defensores de la corriente neoclásica (y al enfoque marginalista) desde los primeros años del siglo XX. Efectivamente, lo que hoy se conoce como mesoeconomía (instituciones, normas, leyes y todas las instancias de apoyo al mercado) no es importante en este esquema de condiciones ideales que se sitúan por encima de la realidad humana; es decir, en ese tipo de mercado artificioso no se vislumbra la humanidad de los agentes ni las conductas colectivas del “tejido social”, donde el sistema opera únicamente en su dimensión económica, al margen del Estado y la mesoeconomía. Por ende, los agentes toman **decisiones exactas, eficientes, óptimas, oportunas, racionales** – bajo los supuestos de inexistencia de costos de transacciones, transporte y oportunidad, dadas las premisas mesoeconómicas y regulatorias –. Este concepto de racionalidad, que parte de decisiones individuales (comportamiento racional, egoísta y maximizador) conduce, indefectiblemente, al bienestar social como producto de la agregación de los intereses individuales.

Ahora bien, ¿qué se debe entender por eficiencia? En sentido general se pueda interpretar la eficiencia como una cualidad que funciona no como un fin, sino como un medio o instrumento que se debe cultivar para alcanzar la calidad; incluso, suele verse definida como la cualidad de hacer las cosas de la mejor manera posible. También es muy corriente relacionar la eficiencia con la eficacia, la productividad, el rendimiento, la calidad, entre otros.

Pero, ¿qué significa este término en economía? o mejor, ¿a qué acuerdo conceptual se ha llegado en la ciencia económica con relación a la eficiencia? En economía descriptiva, eficiencia significa **eficiencia en la asignación** (Recuérdese que el planteamiento marginalista se ha centrado en conocer las condiciones que determinan la asignación de recursos –capital y trabajo– entre distintas actividades, con el fin de lograr resultados óptimos). De esta manera, la economía es entendida como una ciencia de comportamiento, vale decir, aquella disciplina que focaliza la conducta de los distintos agentes en el proceso de asignación de los recursos limitados o escasos entre distintas alternativas. En este contexto, se define una economía eficiente como aquella que produce lo que las personas quieren y lo hace al menor





costo posible. En este punto, bien cabe una pequeña digresión, la que más adelante se ampliara: Si la economía es una ciencia de comportamiento (¡y comportamiento racional!), según los postulados neoclásicos, entonces, todos los agentes que concurren libremente al mercado deberían alcanzar beneficios recíprocos que elevan conjuntamente el bienestar (como lo expresaba Smith), porque sin ninguna duda, estos efectos sociales son los que consciente e inconscientemente prefieren los distintos agentes económicos y la sociedad en general. En este momento, es conveniente formular un interrogante: ¿los economistas clásicos y neoclásicos estudiaron el problema de la distribución de las asignaciones iniciales de recursos o asumieron el supuesto que las dotaciones iniciales estaban dadas?

En general, los economistas marginalistas creen que una elección razonable requiere que se compare las utilidades marginales y los costes marginales. Un ejemplo elocuente de esta acepción de eficiencia económica es cuando una organización puede producir su producto con un menor número de trabajadores y de insumos sin sacrificar su calidad. En este sentido, se define la economía como el estudio de las asignaciones de recursos escasos entre usos alternativos buscando la inversión de la menor cantidad de recursos y el logro del mayor volumen de productos. Como la economía enfrenta el problema de la escasez de los factores productivos, entonces debe propender por maximizar el producto o minimizar los costos; en este sentido, la economía es sinónimo de racionalidad y ésta se expresa en términos de **eficiencia**.

CRÍTICA A LA RACIONALIDAD

“Hemos de volver a cuestionar la gran locura de Occidente moderno, que consiste en establecer la “razón”, la racionalización y por racionalización la cuantificación. Hay que comprender que la “razón” no es más que un momento o una dimensión del pensamiento, y que se vuelve loca cuando se automatiza”

Cornelius Castoriadis

Para empezar, bien vale mencionar las opiniones que expresaba D. Hume acerca de la racionalidad y los racionalistas: Él desafía las concepciones de los racionalistas quienes creían que todos los asuntos de hecho pueden conocerse con certeza

demostrativa y a priori. Contra los racionalistas Hume afirma que las verdades necesarias no pueden ofrecernos conocimiento del mundo.

El paradigma de la racionalidad que domina la época de la modernidad



y que ha influido sobre los debates, reflexiones y decisiones del desarrollo social, se ha centrado en el progreso material y tecnológico apoyado por los procesos de “superespecialización y fragmentación del saber”, los desarrollos de la matemática y sus aplicaciones, con resultados que afecta discriminadamente la vida de miles de millones de personas en el contexto mundial.

Ahora bien, con relación a la racionalidad económica, los críticos de esta concepción aducen que la reducción del hombre social y cultural a lo meramente económico afecta la legitimidad del saber económico como saber científico o como disciplina científica, debido a que lo verdaderamente científico abarca la totalidad del contexto en el que suceden los hechos o fenómenos, en este caso, la sociedad misma; por el contrario, los apologistas ven en este marco de análisis racional la mejor oportunidad de avanzar en la formalización y modelación. Esto quiere decir que el aporte de la racionalidad económica al conocimiento positivo consiste, no en la verdad empírica que contiene, sino en el soporte a la formalización de la disciplina económica que exige el método científico-positivista. Vale recordar que toda ciencia tiene la facultad de prever, más aún,

la teoría pasa a ser científica cuando la hipótesis expresada por ella se confirma con la práctica. Dicho de otro modo, la confirmación de la facultad de prever es algo así como el certificado de la científicidad.

Max Weber distingue entre racionalidad de los fines y la racionalidad de los medios. Ahora bien, muchos economistas piensan que la acción económica se sitúa sólo en el área de la racionalidad de los medios. Allais lo dice con claridad “fuera de la situación de coherencia no hay criterios de racionalidad de los fines en sí mismos. O sea, sólo la búsqueda de racionalidad instrumental (mejor combinación de medios y recursos para los fines) sería del resorte de la disciplina económica; en este sentido, la racionalidad económica tiende a confundirse con la “eficacia”.

Lange, Godelier y Marcuse piensan que la autonomización de la racionalidad económica instrumental está ligada al desarrollo y a la existencia del capitalismo y de sus objetivos, específicamente la “ganancia económica” como actividad intencional, lo cual permite el cálculo económico. Marcuse analiza la “unidimensión” del Hombre que en este sistema social, traduce la “hegemonía de la



racionalidad instrumental” que, al desagregarse de los fines, lleva finalmente a una irracionalidad a nivel de los resultados⁹.

Existe otro problema que ha concitado amplio debate y crítica entre los teóricos, relacionado con la **secuencia** del bienestar individual y el bienestar social (“la mano invisible de Smith”), o sea, la racionalidad del agente económico y la racionalidad del sistema social. Esta ficción clásica es abordada y desarrollada por la corriente neoclásica a través de la figura del subastador walrasiano (agente licitador de mercado ficticio): partiendo de excesos de ofertas o demandas, se pueden llegar a “vaciar” los mercados cuando se alcanzan a eliminar aquellos por medio de la subasta o circuito homeostático. La distinción de estos dos tipos de racionalidad plantea, necesariamente, dos líneas de interpretación epistemológica. La primera concibe el problema científico a nivel del individuo o de la empresa (análisis microeconómico); la segunda, privilegia a la totalidad del sistema como un todo (análisis macroeconómico), por lo que el problema científico recae en la estructura social en la que se tiene en cuenta esencialmente el grado de cohesión de los elementos que la conforman; esta racionalidad social o estructural debe tener en cuenta el rigor de co-

hesión que demandan los sujetos que la constituyen. Al respecto, Godelier piensa que la secuencia se debe invertir, o sea que el punto de partida sea la definición de una concepción de bienestar social que permita realizar procesos de distribución socialmente plausibles a través de los distintos grupos e individuos.

Desde otra perspectiva, hay una crítica bastante aguda que se le hace a la racionalidad de la microeconomía neoclásica. Para empezar este análisis, es menester recordar que la lógica convencional de estudio de la microeconomía considera, en primera instancia, la teoría de la conducta del consumidor caracterizada por una visión psicológica-biológica de este agente económico. Éste realiza, a priori, un ordenamiento preferencial-ordinal-subjetivo de una canasta de bienes y servicios que se resume en una función de utilidad bastante idealizada. Las preferencias de consumo del individuo están sujetas a varias condiciones, a saber: a) que las preferencias sean completas (indiferencia entre canastas); b) que sean transitivas (A preferible a B, B preferible a C y A preferible a C) y c) que sean convexas (usos alternativos). Este modelo básico de análisis es fácilmente criticable empezando por la idealización de los supuestos (aunque bien se sabe que el modelo



9 SAN MARTÍN, Hernán y PASTOR, Vicente: Economía de la Salud. Iberoamericana Mc Graw Hill, cap. 8, pág. 496.

no fue construido para ser una hipótesis empírica), la disposición de la información perfecta presente y futura de los agentes, la sinonimia entre utilidad-satisfacción y bienestar-felicidad humana, y la aceptación de que la utilidad, que no es más que la satisfacción de las preferencias y una medida técnica-evaluativa de la eficiencia es poseedora de valor intrínseco.

Otra línea de crítica epistemológica que recae sobre la racionalidad económica se relaciona con el tipo de análisis en sus niveles microeconómico y macroeconómico. En el caso de la microeconomía, cuyos fines son unitarios y relativamente viables, no aparece el problema de la vaguedad que se presenta en las "macrodecisiones" de la macroeconomía: en este ámbito, la planificación de un plan de desarrollo económico, social y ambiental de cobertura nacional implica un complejo proceso de acuerdos y decisiones colectivas tomadas con el concurso de múltiples dimensiones, como lo económico, político, social, técnico, administrativo, humano, ético, jurídico, entre otros. La dificultad del logro de los fines en este tipo de análisis es más compleja, en la medida que se involucran variables que superan aspectos de naturaleza estrictamente eco-

nómica y tienen en cuenta el contexto cultural y social.

Del anterior acápite se desprende la idea que además de la racionalidad económica, existen otras racionalidades como la social, la técnica, la psicológica, la política,....; sin embargo, la racionalidad dominante suele depender del tipo de sociedad humana de que se trate, de este modo puede decirse que la racionalidad económica es la célula fundamental del sistema capitalista, como la racionalidad política fue la dominante en la antigua Grecia.

De estas posiciones críticas de la racionalidad económica puede quedar algo claro: en el contexto de análisis competitivo y de economía de libre mercado que privilegia la búsqueda de productividad, la eficiencia máxima y el beneficio óptimo, es completamente válido que tenga singular importancia la racionalidad económica, siempre y cuando se consideren como legítimas las otras racionalidades y no interfiera con los valores humanos, con la condición humana, esencialmente cultural y social. Este es, precisamente, el tema que a continuación se aborda: la racionalidad económica en el marco de una reflexión axiológica y particularmente ética.



RACIONALIDAD ECONÓMICA Y VALORES

*“Los valores valen realmente,
por eso nos atraen y nos complacen,
no son una pura creación subjetiva”*

A. Cortina, 1998

Generalmente el término racionalidad se asocia con el juicio de valor que califica una determinada acción como la mejor, la buena, la más inteligente, oportuna y conveniente. Bajo esta acepción, la racionalidad está relacionada con la moral, lo cual le permite su aplicación en las más distintas situaciones de la vida humana. En el campo que compete esencialmente al presente ensayo – el económico-, la racionalidad se refiere al alcance de la eficiencia o de los mejores resultados. Sin embargo, cuando se emplea la teoría económica del “Laissez Faire, Laissez Passer”, el análisis se hace sobre la base del modelo del “Hombre Económico”; es así como esta racionalidad explicita un ethos individualista y soslaya las consideraciones morales o normativas. Necesariamente, ésta es una visión reduccionista que privilegia los resultados descriptivos, positivos y eficientes, con relación a los procesos evaluativos sobre cuáles deben ser los fines a alcanzar. Precisamente, este enfoque de la racionalidad se queda sólo en la descripción de la manera como se decide el empleo

de los medios que conducen al logro de los fines; a la vez, tal “decisión racional” no se traduce necesariamente en una “buena decisión”, pues, aquella conlleva la eficiencia paretiana que puede significar el beneficio individual en detrimento del beneficio de un colectivo; además, esa “decisión buena” en sí, puede ser inconveniente o ineficaz para un grupo social.

A esta altura de la reflexión moral de la racionalidad económica se hace imprescindible retomar los conceptos acerca del objeto de la economía para entender dos cosas: la primera, saber si la economía centra sus esfuerzos en los medios o en los fines -en cumplimiento de las exigencias científicas-, la segunda, conocer el grado de cobertura multidimensional del hombre social. En este sentido, se cita la visión del economista L. Robbins, quien define la economía como el estudio acerca de las relaciones entre fines y medios escasos. Él dice que la economía concierne a las decisiones tomadas bajo las presiones de la escasez. De acuerdo con esta defini-



ción de “economía”, los análisis económicos nunca conciernen a qué tipos de fines o metas se deben perseguir, sino meramente a cuáles serían los medios óptimos para conseguir fines dados¹⁰. Esta definición excluye del análisis económico los asuntos morales o evaluativos, y de este modo acerca la economía al ideal científico de las ciencias naturales. Por lo tanto, la definición de Robbins unifica la concepción acerca de lo que es la economía como ciencia¹¹; además, logra articular una coincidencia conceptual entre los economistas Milton Friedman y John Maynard Keynes: ambos manifiestan que la economía es sólo una ciencia puramente descriptiva (positiva) y no una teoría normativa (prescriptiva); vale decir, la economía sólo se ocupa de “lo que es” y no de “lo que debe ser”.

Cuando anteriormente se trató el término de la concepción descriptiva de la racionalidad, se expresó que ésta no consideraba la reflexión axiológica, pues la mera descripción de los fenómenos económicos es neutral, por ende, bajo este enfoque se excluye del análisis económico los aspectos evaluativos o morales y se concibe que la racionalidad concierne únicamente a las relacio-

nes de eficiencia entre medios y fines, pero no a cuáles deben ser los fines. Al respecto, L. Robbins denota claramente que el tema de los valores no es objetivo, por lo cual no recomienda que sean tenidos en cuenta en el análisis económico.

Por el contrario, cuando el objeto de la economía supera los términos de la riqueza material y lo precisa en el hombre social y su desarrollo, y sus posibilidades de plenificación, entonces se concibe que el principio y fin de la organización del trabajo social es el hombre y las posibilidades reales de desarrollo de su potencial creativo para alcanzar el bienestar. En esta línea conceptual se puede concebir la economía como una ciencia social que se ocupa de los seres humanos y de las formas más adecuadas para proveerlos de los medios materiales necesarios para ayudarlos a realizar sus potencialidades humanas plenas. Pero el interrogante ¿qué constituye la buena vida? es perenne y, por lo tanto, la economía debe ocuparse inevitablemente de los valores. Nuestro propio interés por la promoción del desarrollo representa una elección de valor implícita acerca de lo bueno (el desarrollo), y lo malo (el subdesarrollo)¹².



10 Citado por ARANGO G, Pablo R. “Economía, Racionalidad y Valores. Revista: Estudios Regionales (CRECE).

11 Idem.

12 PORTOCARRERO, Juan Carlos. Pautas para la estructuración de un contexto económico.

De contera, podría concluirse que en la vida del hombre en sociedad existen distintas racionalidades, pues las decisiones que se toman en ella obedecen a motivaciones de diferente índole, como ético-moral, económica, psicológica, social, tecnológica, política, entre otras. Podría pensarse, incluso, en la existencia de

una sola racionalidad, o sea, la racionalidad del ser humano que tiene múltiples manifestaciones, pero que una de ellas prevalece de acuerdo al tipo de sociedad humana que se trate; de esta manera se entiende que en el contexto del liberalismo económico sea dominante la racionalidad económica.

LA RACIONALIDAD ECONÓMICA EN LA HISTORIA COLOMBIANA

"Igual que Parsifal, los economistas modernos vagan ingenuamente por la Tierra Baldía en la búsqueda del Santo Grial. El cinismo y la desesperación reinan en la disciplina. Las diversas versiones de Parsifal comparten varios temas básicos que también están presentes, al menos en parte, en la profesión de los economistas"

Cyril Morong

Para tratar de hacer una aproximación conceptual desde la racionalidad económica a la realidad de Colombia-Hoy, en los aspectos económico, social y político, se asume la estrategia de citar, grosso modo, las ideas básicas de los teóricos clásicos y neoclásicos, que nos permitan, en primera instancia, elaborar un análisis de contraste (supuesto el conocimiento de nuestra realidad colombiana) y, en segundo lugar, tener una inferencia de la relación que pueda existir entre aquellos y los actuales pensadores neoliberales. Además se tiene el propósito de formular interrogantes antes que realizar profundas disquisiciones que no son el propósito explícito de este espacio.

En general, los representantes de la escuela clásica centran su interés en el problema de la producción, el aspecto cuantitativo del bienestar; de otro lado, consideran que el bienestar individual debe aumentar en proporción directa con el incremento de la riqueza individual, y el bienestar social aumenta con el incremento de la riqueza material de la nación.

En otro sentido, los clásicos conciben una fuerte relación de competencia entre el capital material (máquinas, equipos) y el trabajo asalariado. Con relación al progreso tecnológico, creen que este es un medio para reemplazar el trabajo – mano de obra – por el capital y avanzar en el crecimiento económico.



Por su parte, los economistas neoclásicos consideraron, bajo una nueva forma de investigar los problemas económicos (postura psicológica para interpretar las preferencias del consumidor), la teoría del valor-utilidad en contraste con sus predecesores Smith, Ricardo Y Marx, quienes propusieron y desarrollaron la teoría del valor-trabajo. Los representantes de la escuela neoclásica no se interesan precisamente por la causa de la riqueza de las naciones, pero sí justifican su inequitativa distribución por las diferencias individuales de las personas en términos de riesgo, talento, inteligencia, dignidad, esfuerzo e iniciativa. De esta forma, queda legitimada la desigualdad social por las diferencias y características individuales.

Hoy, nuestro contexto a pesar de ser específico (tempo-espacial), histórico y cultural, está permeado por las leyes, principios y teorías de la ciencia económica. Además, nuestra realidad se circunscribe en el paradigma capitalista, sistema que está caracterizado, de un lado, por una particular estructuración de relaciones sociales de producción y distribución del producto social inequitativas, y del otro, de unas determinadas relaciones de poder que propician la inequidad social y generan la desigualdad de oportunidades, aunque éste sea uno de sus principios fundamentales.



Bien vale la pena plantear en este momento algunos interrogantes (¡y sólo eso!) relacionados con la doctrina económica de la época de Smith, Ricardo, Say, Malthus y Mill; o de las concepciones de Pareto, Walras, Jevons, Menger, Marshall y Pigou; incluso del mismo Keynes, y compulsar algunos pensamientos y teorías que hoy se defienden y aplican en la realidad social de nuestro país. Por ejemplo, ¿Tiene vigencia el concepto smithiano de “mano invisible”? ¿Se mantienen las leyes del mercado, descubiertas por Smith y Ricardo? ¿Se han encontrado otras causas que explican el origen de la riqueza y de su distribución? ¿Hoy se ve al actor individual de la misma manera como lo pensaban los economistas neoclásicos? ¿Se privilegian otro tipo de racionalidades, o sigue siendo dominante la económica? ¿El estudio de la realidad económica se concibe bajo el enfoque marginalista de un sistema que estructura las relaciones entre productores y consumidores?

Sin el propósito de contestar estos y otros cuestionamientos con conocimiento de causa, apoyos estadísticos y demás, señalo algunos aspectos, sin el rigor que ellos exigen, animado por un espíritu intuitivo y emocional. En este sentido, considero que el credo neoliberal vigente actualmente, revive la visión neoclásica del “hombre

unidimensional-económico” y profundiza en los valores connaturales como la libertad de mercados, la igualdad de oportunidades, el individualismo, el utilitarismo, la productividad, la competitividad y la eficiencia. Además, en la época de la “nueva economía política” (rational – public choice) el lenguaje que se escucha en los discursos de muchos líderes sociales, económicos y políticos están cargados de categorías propias de las escuelas clásica y neoclásica: libertad de mercados, ajustes marginales en la asignación de factores productivos, estado mínimo, privatizaciones, garantías para el intercambio libre de los agentes económicos, división y especialización del trabajo social, acumulación de capital

y control de salarios, eficiencia, entre otros.

De otro lado, aunque se oyen expresiones sentidas sobre la necesidad de avanzar por la senda del desarrollo sostenible, el progreso tecnológico, la democracia genuinamente representativa y el bienestar social, esta serie de posturas normativa, prescriptiva y valorativa en un ambiente predominantemente neoliberal parece tan estéril como falaz; es más una especie de estrategia de Penélope, para reforzar las relaciones de poder, fortalecer el sistema y mantener la racionalidad económica dominante sobre las demás racionalidades del hombre en la sociedad colombiana.

BIBLIOGRAFÍA

ARANGO, Pablo E. Economía, Racionalidad y Valores. CRECE. Estudios Regionales.

BEJARANO, Jesús Antonio. Hacia dónde va la ciencia económica en Colombia.

BERMAN, Marshall. Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad. Siglo XXI editores, 5ª. Edición.

DELEPLACE, Ghislain. La Historia de la Teoría Económica desde la Heterodoxia. Cuadernos de Economía N° 35. Universidad Nacional. 2001.





FAJARDO F. Carlos. "Hacia una estética de la Cibercultura". *Magazín Dominical. El Espectador*, agosto 30 de 1998.

MARDONES, José María. *Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Nota histórica sobre una polémica incesante*. Editorial Anthropos. Barcelona.

MORONG, Cyril. *Los economistas, Parsifal y la búsqueda del Santo Grial*. Cuadernos de Economía N° 36. Universidad Nacional. 2001.

NICHOLSON, Walter. *Teoría Microeconómica: Principios básicos y aplicaciones*. Editorial Mc Graw Hill, sexta edición.

PORTOCARRERO, Juan Carlos. *Pautas para la estructuración de un contexto económico*. *Revista Universidad de San Buenaventura*, N° 6. Cali. 2001

RICARDO, David.. "Principios de Economía Política y Tributación". Citado por ILLERA D., Luis Eduardo. *Progreso Técnico y Bienestar Social: Visión de los Clásicos*. *Revista de la Universidad de la Salle*, Vol. VII – N° 14.

ROSETTI, Joseph. *Introducción a la economía: Enfoque Latinoamericano*. 1ª edición. Cap. 1. Editorial Harla. México, 1979.

SAN MARTÍN, Hernán. PASTOR, Vicente. *Economía de la Salud*. Iberoamericana Mc Graw Hill.

SMITH, Adam. "La Riqueza de las Naciones" (Tomo I). Biblioteca de Economía. Editorial FOLIO.

THOMPSON, Garret. *Un análisis filosófico de la economía*. CRECE. Estudios Regionales.

